

El peligro de la prosperidad

(Marcos 10.13-31)

Joe Schubert

El texto que estamos estudiando nos presenta dos sucesos que son bien conocidos para todos nosotros. El primer suceso es la bendición que Jesús les imparte a los niños; el segundo es el relato sobre el joven rico.

Aunque Marcos relaciona los dos sucesos, éstos rara vez son relacionados por los predicadores. Casi siempre predicamos sermones separados de estos dos eventos. Sin embargo, estos dos párrafos forman una sola unidad. Encajan perfectamente. Estos relatos nos sirven para conocer la manera como las riquezas, la abundancia y las posesiones materiales nos afectan.

I. UNA ILUSTRACIÓN (10.13-16)

El relato de la bendición de los niños comienza en Marcos 10.13 con las siguientes palabras:

Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía (vers.^{os} 13-16).

A los artistas les encanta pintar esta escena de la vida de Jesús. Con un poco de imaginación, uno se puede formar un cuadro mental de lo que probablemente sucedió en esta ocasión. Jesús estaba rodeado de estos niños, y puede ser que sobre su regazo estuviera sentado un varoncito inquieto, y que a Su lado estuviera de pie una niña tímida mirando pensativamente a Sus ojos.

Es realmente una hermosa escena. Una escena que nos dice mucho acerca del mismo Jesús. Jesús era una persona que sentía cariño por los niños, y por quien los niños sentían atracción. No podía haber sido una persona dura, ni sombría ni triste.

Debió de haber sonreído fácilmente y haber reído con felicidad.

Marcos relata que cuando la gente le presentaba sus hijos a Jesús, los discípulos reprendieron a los que así hacían. La Biblia no dice exactamente por qué los discípulos reprendieron a estas personas, pero, aparentemente, pensaron que debían mantener alejados de Jesús a los niños y evitarle a Éste la molestia de tener que hablar con ellos y de tocarlos. Pero Jesús se indignó por lo que Sus discípulos estaban haciendo. Les reprendió duramente. Les dijo lo siguiente en los versículos 14 y 15:

Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Jesús no precisó las cualidades propias de los niños, en las cuales estaba pensando, cuando hizo tan grandiosa afirmación. Los comentaristas se han dado gusto especulando sobre las características de los niños en las cuales Jesús podía haber estado pensando cuando dijo esas palabras. Me parece que Él deja que seamos nosotros los que averigüemos las características, por medio de nuestra propia observación de los niños.

Hay tres características que todo niño tiene, las cuales hacen de los niños la ilustración perfecta del punto de lo que Jesús estaba diciendo acerca de los que habrían de entrar en el reino de Dios. La primera y más obvia cualidad es que ellos son hermosamente sencillos. Un niño carece más que nada de complicaciones. Van directo al grano. Un niño se acerca a uno y le dice: «¿Por qué parece tan cómica tu nariz?», o «¿Por qué son tan grandes tus orejas?», o «¿Por qué es usted tan gordo?». Va directo a la raíz de lo que desea saber. Es sencillo, sin complicaciones y directo. Eso, aunque usted no

lo crea, puede ser una verdadera virtud.

Otra cualidad del niño es que es maravillosamente receptivo a la enseñanza. Todo niño desea aprender. Los niños reconocen su necesidad básica de ser ayudados e instruidos y son receptivos, maleables y se les puede moldear fácilmente.

Todo niño es por naturaleza confiado, a menos que alguien le haya enseñado lo contrario. Es por naturaleza atento. Los niños atienden a todo lo que se les ha enseñado y por lo general responden de inmediato y con prontitud porque confían en el que les enseña.

Las anteriores, al menos, debieron de haber sido las cualidades en las que Jesús estaba pensando cuando dijo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

II. UNA DEMOSTRACIÓN (10.17–23)

Marcos 10.17 dice: «Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». Le llamamos a este joven el joven rico. Tenemos que unir lo que dicen de éste tres de los evangelios para poder entender qué clase de persona era. Tres de los evangelios, incluido Marcos, nos dicen que era rico. Mateo nos dice que era joven y Lucas nos dice que era principal, es decir, dirigente. Al poner los tres relatos juntos, nos enteramos de que era un hombre joven, rico y, además, dirigente de su pueblo.

Note cómo se acercó a Jesús. Vino corriendo a Jesús y cayó a los pies de Éste. Esta es una escena realmente asombrosa: ¡un joven rico, un aristócrata y dirigente, que corre a Jesús, arrojándose a los pies de este profeta que no tenía ni un centavo, de Nazaret, profeta que en ese mismo momento estaba en camino hacia Su propia crucifixión! La pregunta con que el joven inició la conversación fue esta: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?».

Es obvio que este joven tenía algún conocimiento de Jesús y estaba algo familiarizado con Éste. Puede que haya formado parte de la audiencia de la cual se habla anteriormente en Marcos 10, cuando Jesús respondió las preguntas de los fariseos acerca del divorcio. Tal vez también vio a Jesús bendiciendo a los niños. Puede ser que también estuviera presente cuando Jesús reprendió a los discípulos por interferir, y dijo: «A menos que se hagan como uno de estos niños, bien podrían despedirse de cualquier idea acerca de entrar en el reino de Dios».

Alguna inquietud en el corazón le provocó a este joven lo que estaba oyendo. Cuando vio a Cristo volverse y emprender la marcha, corrió tras él y se hincó a Sus pies y le dijo, en efecto: «Bien, Jesús, ¿cómo es eso? ¿Cómo puede uno entrar en el reino de Dios? Usted ha dicho que a menos que yo me haga como un niño no podré entrar en él. Ahora, le pregunto: ¿Cómo se logra eso? ¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?».

Uno no puede leer este pasaje sin ver que este joven dirigente, quienquiera que fuera, poseía por lo menos la primera de las cualidades que todos los niños tienen. Fue directo al grano. Su sentido de necesidad fue despertado y no esperó. Vino a Jesús directa y espontáneamente, y expresó la inquietud fundamental de su corazón sin andarse por las ramas. Dijo: «Señor, quiero saber qué debo hacer para tener la vida eterna» (vers.º 17).

Note la respuesta de Cristo en el versículo 18: «Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios». Esta respuesta ha dejado desconcertados a muchos. Los comentaristas están divididos en sus interpretaciones de esta respuesta. Los más liberales han sugerido que este es un ejemplo en el que Jesús dice en forma categórica: «Yo no soy Dios, y no debes dirigirte a mí como Dios». Esta es la manera como más o menos lo explican: Jesús dijo: «¿Por qué Me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Yo no soy bueno. Tendría que ser Dios para ser bueno. Yo no soy Dios. Por lo tanto, yo no soy bueno y tú no deberías dirigirte a Mí como maestro bueno». Yo no creo que lo anterior sea lo que Jesús estaba diciendo. Lo que Jesús estaba diciendo a este joven era esto: «Joven, me has llamado bueno. Te has dirigido a Mí como maestro bueno. ¿Sabes en realidad qué es bueno? ¿Te das cuenta de que nadie es realmente bueno excepto Dios? ¿Entiendes las implicaciones de lo que me has dicho? ¿Te das cuenta de que al llamarme bueno, me has llamado Dios?». Esta interpretación encaja con todo lo demás que oímos hablar a Jesús en los evangelios acerca de quién afirma ser Él.

Parece que Jesús estaba sondeando a este joven, averiguando si estaba dispuesto a investigar y a aprender. En otras palabras, estaba averiguando si tenía la segunda cualidad que los niños poseen, la cualidad de la receptividad a la enseñanza. Esto es lo que Jesús estaba diciendo: «¿Eres receptivo a la enseñanza? ¿Estás dispuesto a investigar las implicaciones de la pregunta que acabas de hacerme? ¿Estás dispuesto a contemplar la posibilidad de que yo sea Dios?».

Jesús después pasó a probarlo para ver si poseía

otra cualidad propia de los niños. Jesús dijo: «¿Confías en Mí lo suficiente para hacer lo que Yo digo?». El versículo 19 dice: «Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre». El joven rico dijo: «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud» (vers.º 20). Note lo que Jesús no le dijo a este joven: «Bueno, no me parece que me estés hablando con franqueza. Creo que me estás ocultando algo. Sencillamente no creo que hayas guardado todos esos mandamientos desde tu juventud». Por ningún lado del relato indica Jesús que el joven esté dando una imagen falsa de sí mismo. Jesús tomó su respuesta en sentido literal y no lo interrogó más al respecto.

No es de extrañar que en la siguiente frase Marcos pase a decir: «Entonces Jesús, mirándole, le amó, [...]». He aquí un joven franco, hermoso, de altos valores morales, excelente y obediente. Jesús, al observarlo y oír sus respuestas, lo amó porque el joven, de hecho, tenía esas cualidades que le posibilitaban su entrada en el reino de los cielos.

Jesús tenía algo más que decirle. Le dijo lo siguiente en los versículos 21 y 22:

Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

Esto es lo que Jesús estaba diciendo: «Joven, tú en verdad tienes las cualidades necesarias para entrar en el reino de Dios. Eres franco, directo, sincero y receptivo a la enseñanza. Has sido obediente. Veamos cuántas de esas cualidades aún retienes en tu vida. ¿Estás dispuesto a obedecer? ¿Estás dispuesto a confiar en Mí? ¿Estás dispuesto a confiar en Mí lo suficiente para obedecer un mandamiento más? ¿Cuánto más estás dispuesto a hacer? Anda, vende todo lo que posees, da el dinero a los pobres, y, después, ven y sígueme». Jesús sabía que para que a este joven se le pudiera ayudar, debía ser doblegado. Jesús llegó con Sus mandamientos hasta el problema en sí de este joven: sus riquezas. En realidad, Jesús estaba haciendo que enfrentara la pregunta básica y esencial: «¿Cuánto deseas realmente la vida eterna? Me has preguntado: “¿Qué haré para heredarla?”; ahora yo te pregunto: ¿Cuánto la deseas realmente? ¿La deseas lo suficiente para renunciar a todo lo que posees?». El joven tuvo que responder: «Sí, la deseo, pero no estoy tan desesperado por tenerla». Por eso fue que dio media vuelta y se fue triste. Cuando tuvo que

elegir entre la vida eterna en el mundo venidero y la buena vida en el presente, prefirió esta última. Su elección no es en realidad tan difícil de entender para nosotros porque millones de personas de nuestros tiempos hacen la misma elección todos los días.

El joven rico dio media vuelta y se marchó. No hay duda de que cuando se iba, los ojos de Jesús y los de los apóstoles que habían presenciado todo esto lo siguieron hasta que desapareció de vista a la distancia. Jesús se volvió y dijo a los apóstoles en el versículo 23: «¿Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!». Marcos agrega: «Los discípulos se asombraron de sus palabras». ¿Por qué? ¿Por qué se asombraron los apóstoles de este dicho de Jesús? ¿Por qué fue esto tan trascendental? Fue revolucionario por una sencilla razón: Lo que Jesús dijo acerca de las riquezas era contrario a las opiniones generalmente aceptadas entre los judíos acerca de las riquezas y las posesiones materiales. Un punto básico de la moralidad judía predominante del primer siglo y de generaciones sucesivas, era que las posesiones, las riquezas, la abundancia y los bienes materiales constituían una bendición de Dios y representaban la honra de Dios a la vida humana. El que era rico demostraba, por el solo hecho de tener riquezas, que su vida, carácter y valores eran aprobados y bendecidos por Dios. Lejos de ver las riquezas como un problema, veían en la presencia de riquezas en la vida una prueba de excelencia de carácter. En lugar de decir que sería difícil para un rico entrar en el reino, los apóstoles, al igual que el judío típico ordinario, decían: «Entre más rico es un hombre, mejores posibilidades tendrá de entrar en el reino de Dios, porque entre mejor está una persona, más fácil es para ella entrar». Jesús volvió al revés ese punto de vista, y los discípulos se asombraron de lo que dijo.

III. LA APLICACIÓN (10.23–31)

Jesús continuó para hacer énfasis en la enseñanza. La hizo llegar más y más profundamente con afirmaciones contundentes en el siguiente tramo:

Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios (vers.ºs 24–27).

Es importante al tratar este pasaje entender que Jesús está advirtiéndolo del peligro de confiar en el dinero y de amar el dinero. Un hombre o una mujer pueden ser ricos sin amar las riquezas tal como el joven rico las amaba. A pesar de lo que a menudo se ha creído, no hay versículo en la Biblia que diga que el dinero es la raíz de todos los males. Lo que la Biblia dice es que el *amor* al dinero es la raíz de todos los males (1^{era} Timoteo 6.10). Hay un mundo de diferencia entre las dos anteriores afirmaciones. Unos versículos más adelante Pablo pasó a ampliar el punto de lo que estaba diciendo. Esto fue lo que dijo en los versículos 17 al 19:

A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.

El punto es este: ¿Consideramos que nuestras posesiones le pertenecen a Dios, o a nosotros? Nuestra confianza y fe no están depositadas en estos bienes materiales. Si los bienes nos dejan, nuestra fe en Él no se desintegra, porque nuestra fe descansa en Él, no en las riquezas que nos dio. Un comentarista lo expresó de esta manera: «Un hombre puede tener grandes riquezas, y amar a Dios más que las riquezas, y ser cristiano, del mismo modo que un pobre puede tener poco y amar lo poco más que a Dios, y jamás ser cristiano».

No obstante, la tentación de confiar en las riquezas se intensifica para la persona que las posee. Nadie vio el peligro de la prosperidad más claramente que Jesús. Las posesiones materiales tienden a atar el corazón del hombre a este mundo. Es mucho lo que tiene en juego en este mundo; tiene un gran interés en este mundo por los tesoros que tiene en este mundo. Le es difícil pensar en el otro mundo y le es difícil hacerse la idea de dejar este mundo. La posesión de bienes materiales es una prueba de fuego para más de un hombre. Se ha dicho que por cada cien hombres que pueden pasar la prueba de la adversidad, no hay uno solo que pueda pasar la prueba de la prosperidad. La prosperidad fácilmente puede hacer que un hombre se vuelva arrogante, orgulloso y satisfecho de sí mismo. Anteriormente en los evangelios, Jesús habló del engaño de las riquezas, una referencia a la manera como las riquezas crean ilusiones que no son reales y que hacen que las personas que las poseen piensen que son algo que no son. Se necesita ser un buen hombre para manejar las riquezas.

Jesús habló franca y claramente por medio de una vívida metáfora. Dijo: «Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios». Unos pocos comentaristas sugieren que este pasaje se refiere a una pequeña puerta de uno de los muros de la ciudad de Jerusalén, a la cual se le dio en un momento de la historia el nombre de la «Puerta del ojo de aguja», una puerta que tenía una altura de poco más de un metro. Un camello pasaba por esta puerta no sin gran dificultad. Tenía que arrodillarse y avanzar retorciéndose poco a poco hasta pasar aquella pequeña puerta. Es dudoso que Jesús esté hablando de esa puerta. No hay indicio histórico de que esa pequeña puerta que estaba en el muro de Jerusalén alguna vez se llamara la «Puerta del ojo de aguja» en los tiempos de Jesús. Se llegó a llamar así después, pero no en los tiempos de Jesús. Jesús está hablando de una aguja en el sentido literal. Uno puede imaginarse que es una gran aguja si así lo desea, pero es una aguja propiamente dicha la que se da a entender. Cuando uno se imagina a un camello de doble joroba tratando de pasar con gran dificultad por el ojo de una gran aguja de coser, se forma una imagen de lo que Jesús está diciéndoles a los apóstoles.

Que esta fue la interpretación que los apóstoles le dieron resulta claro de la respuesta que dieron. ¿Cuál fue la respuesta de ellos? Dijeron: «Bueno, Jesús, si así es la cosa, entonces, ¿quién podrá ser salvo?».

Jesús reconoció la dificultad cuando dijo: «Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios». A Dios no lo limitan las cualidades humanas. Sólo Dios tiene el poder de hacer que un rico deje de confiar en sus riquezas y comience a confiar en Dios. Es como un autor lo expresa: «Dios puede hacer pasar el camello, pero se necesita poder divino para hacerlo y observarlo, y el proceso maltrata en gran medida al camello».

Si un rico ha de venir a Cristo, debe venir exactamente del mismo modo que vendría el hombre más pobre de toda la tierra. Debe venir con un reconocimiento de su más absoluta y completa necesidad. Debe venir como un pecador condenado.

Pedro se ha mantenido pensando activamente durante todo lo anterior, y su lengua sencillamente no podía mantenerse quieta. Acababa de ver al rico, el joven rico que era dirigente, rehusar deliberadamente seguir a Jesús, y marcharse. Acababa de oír al Señor decir por medio de Su enseñanza que es difícil para los ricos entrar en el reino de Dios. Pedro no pudo evitar trazar un

contraste entre este joven y el grupo de los apóstoles. Él y sus amigos habían atendido el llamado de Jesús y lo habían dejado todo para seguirlo. Pedro, con la ruda e impetuosa sinceridad que siempre lo caracterizaba, dijo: «Bueno, Jesús, yo quiero saber qué vamos a ganar con ello». En los versículos 28 al 31 dice Marcos:

Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.

No hay nada que uno pueda dar que Dios no restaure ricamente a uno multiplicado por cien. Por cada cosa a la que uno renuncie por su Dios —ya sea su familia, su madre, su padre, sus posesiones, sus tierras, lo que sea— dice Dios: «Lo restauraré multiplicado por cien».

Jesús agregó dos cosas a esta promesa. La primera fue la mención de persecuciones. Dijo: «Cumpliré mi promesa, pero en el camino habrá persecuciones». Esto señala nuevamente la transparente sinceridad de Jesús. Él jamás prometió que ser cristiano sería fácil. Les dijo a los hombres con toda franqueza que seguirlo a Él implicaría una costosa decisión.

La segunda cosa que Jesús agregó es la idea del mundo venidero. Esto fue lo que mencionó: «cien veces más ahora; y en el siglo venidero la vida eterna». Jesús jamás prometió que dentro de este mundo y en este tiempo y lugar se saldarían las cuentas. Dios resuelve parte de las cuentas en el presente. Hay bendiciones en este mundo que le llegan al cristiano. Pero reserva toda la eternidad «el siglo venidero», tal como Jesús lo llama, para ajustar completamente la hoja de balance.

Esta conversación terminó con unas suaves palabras con las cuales tranquilizó a los apóstoles. Les dijo: «Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros». Dios no ve como los hombres ven. El joven que vino a Jesús y le hizo la pregunta pudo haber sido un dirigente de este

mundo, pero Jesús dijo que los que se mantienen fielmente con Él serán dirigentes en el mundo venidero. Un día de estos, todas las fachadas habrán caído, y muchos que son postreros a ojos del mundo, serán elevados por Dios al primer lugar.

CONCLUSIÓN

Nosotros especialmente necesitamos esta lección. Los que somos estadounidenses vivimos en una cultura de la abundancia. La mayoría de nosotros tenemos casas, magníficos automóviles, hermosas ropas, y más lujos de los que realmente necesitamos. Nos contamos verdaderamente entre los ricos. Es importante que recordemos que el primer lugar de nuestras vidas debe pertenecer a Dios todopoderoso. Su reino debe ser para siempre el primordial interés de nuestros corazones. Las bendiciones materiales que forman parte tan importante de nuestras vidas jamás deben llegar a ser la esencia y el centro de nuestra devoción. Jesús dijo que es más difícil para personas como nosotros entrar en el reino de los cielos, de lo que lo es para los que tienen menos. Atendamos a la advertencia.

ILUSTRACIONES

Sobre las peleas

Se ha dicho que en las peleas que ocurren dentro de la iglesia, el diablo permanece neutral y les suple municiones a ambos bandos de ellas.

La prueba de que alguien es líder

Muy a menudo se ha dicho: «La prueba de que alguien es líder no reside en lo que él mismo pueda hacer, sino en lo que pueda mover a otros a hacer».

Piense a menudo en Cristo

Alguien le preguntó una vez a Charles Haddon Spurgeon si él alguna vez se desanimó. Esto fue lo que dijo: «Ni una sola vez en los últimos veinte años, supongo». Cuando se le pidió que lo explicara, dijo: «Porque no dejo pasar quince minutos sin pensar en Cristo».